

# Sufrimiento y dirección espiritual.

## Apuntes desde Viktor E. Frankl y S. Rafael Arnáiz

---

Alfonso García Nuño  
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO  
MADRID

**RESUMEN** La dirección espiritual es un elemento de ayuda importante en el camino a la santidad. Como en cualquier vida humana, en la del creyente hace acto de presencia el sufrimiento. Enseñar a vivirlo es una de las tareas más importantes de cualquier director espiritual. El presente artículo, tomando como base la logoterapia de V. E. Frankl y los escritos de S. Rafael Arnáiz, presenta los elementos más importantes a tener en consideración para vivir el sufrimiento en el seguimiento de Cristo.

**PALABRAS CLAVE** Sufrimiento, sacrificio, sentido, dirección espiritual, Frankl, S. Rafael Arnáiz.

**SUMMARY** *Spiritual direction is an important help on the road to holiness. Just as in any aspect of human life suffering forms part of the experience of a believer, one of the most important tasks of any spiritual director consists in teaching how to live in suffering. Grounding itself in the logotherapy of V. E. Frankl and the writings of Saint Rafael Arnaiz, the present article offers basic elements to be taken into consideration to live suffering in the Following of Christ.*

**KEYWORDS** *Suffering, Sacrifice, Meaning, Spiritual direction, Frankl, Saint Rafael Arnaiz.*

“Acordaos de la mujer de Lot.  
El que pretenda guardar su vida la perderá  
y el que la pierda la recobrará”  
(Lc 17,32-33).

Thomas Merton, monje de la abadía de Sta. M<sup>a</sup>. de Getsemaní en Kentucky, entendía que al director espiritual hay que considerarlo “como un amigo de confianza que, en un clima de comprensión compasiva, nos ayuda y

fortalece en los esfuerzos que realizamos a tientas para corresponder a la gracia del Espíritu Santo, que es el único Director verdadero”<sup>1</sup>; aunque acaso fuera mejor hablar en términos de paternidad y de un amor paterno mejor que de uno de amistad y de un clima ante todo espiritual. Esta ayuda para que alguien pueda corresponder a la acción del Espíritu y así crecer en su camino de santidad ofrece muchos aspectos. No podemos ocuparnos de todos en estas páginas, por ello, vamos a considerar, aunque sea fugazmente, el que acaso sea el más postergado, el más silenciado, el más olvidado en nuestros días: el sufrimiento. Enseñar a sufrir, pese a que tal vez sea la tarea más difícil, es quizás la más importante de un padre espiritual, pues en definitiva es ayudar a hacer de la propia vida una oblación en unión a la de Cristo. Dicho con otras palabras, enseñar a sufrir es guiar a alguien para que su vida plenamente se “eucaristice”.

Sobre esta cuestión vamos a hacer una aproximación sirviéndonos, por un lado, de S. Rafael Arnáiz Barón (1911-1938)<sup>2</sup> y, por otro, del psiquiatra Viktor E. Frankl (1905-1997), coetáneo del santo, padre de la logoterapia –la considerada Tercera Escuela Vienesa de Psicología, después del Psicoanálisis de Freud y la Psicología Individual de Adler–, quien escribió el cuerpo central de su obra tras la Segunda Guerra Mundial. Vamos a servirnos de su concepción de la psicología para leer, con el fin que nos proponemos, los escritos del monje de S. Isidro de Dueñas, a la par que nos mostrará cómo el sufrimiento no so-

---

1 T. MERTON, *Dirección espiritual y meditación* (Bilbao 2010) 10.

2 Recordemos algunos hitos biográficos del santo; entre paréntesis ponemos la numeración de HNO. R. ARNAIZ BARÓN, *Obras completas*, edición de M<sup>a</sup> Alberico Feliz Carvajal (Burgos ©2011) de los escritos que correspondan a cada etapa vital; para esta obra usaremos las siglas OC. El 16 de enero de 1934 ingresa en el noviciado de la Abadía Cisterciense de S. Isidro de Dueñas (Palencia) (OC, 119-161). El 26 de mayo de ese mismo año, enfermo grave de diabetes tiene que volver a casa para recuperar la salud (OC, 162-605). El 11 de enero de 1936, vuelve al monasterio como oblato, pues por su enfermedad no puede observar la Regla y, por tanto, emitir votos religiosos (OC, 606-756). El 29 de septiembre de ese mismo año, tiene que dejar de nuevo el monasterio; en esta ocasión, con otros monjes jóvenes llamados a filas por el ejército con motivo de la guerra civil (OC, 757-763). El Hno. Rafael fue declarado inútil, por su enfermedad, para el servicio militar y regresa una vez más al monasterio el 6 de diciembre de 1936 (OC, 764-890). El 7 de febrero de 1937, ante un nuevo agravamiento de su enfermedad, los superiores lo mandan con su familia para que se recupere (OC, 891-999). El 15 de diciembre de ese mismo año regresa por última vez al monasterio (OC, 1000-1195). El 26 de abril de 1938 muere en olor de santidad (cf. G. M<sup>a</sup>. FERNÁNDEZ, *El Hermano Rafael monje trapense. Biografía espiritual* [Madrid 1984] 144; “Síntesis cronológica de la vida del Hermano Rafael”, en: OC, 1004-1005). Los escritos de S. Rafael Arnáiz Barón los citamos conforme a la mentada edición de sus *Obras completas*; en la referencia, constan únicamente las siglas ya indicadas y el número de párrafo conforme a dicha edición.

lamente no es un impedimento para una vida equilibrada y robusta, sino también cómo, desde un punto de vista psíquico, es paso necesario para la madurez y realización personales. Con todo lo positivo que encontremos en el pensador vienés, fácilmente nos percataremos de que esa base psico-antropológica, supuesta y sin ser negada, es elevada por la gracia en el Hno. Rafael.

Todos los hombres sufren, no todos saben vivirlo fructíferamente, pocos son maestros en el sufrir<sup>3</sup>; tanto Frankl como el Hno. Rafael lo son.

## I. APETITO DE DIVINIDAD

En la obra de Frankl, encontramos tres novedades importantes respecto a otras concepciones de la psicoterapia y la psicología, que son las que hacen valiosa a la logoterapia para la dirección espiritual: la tricotomía antropológica, la recuperación de la causa final y la centralidad de la acción inmanente en la vida humana y la salud psíquica. Esta tríada, a mi parecer, es lo que hace valiosa a la logoterapia como punto de apoyo en la dirección espiritual<sup>4</sup>, sin perjuicio de que tenga que ser mejorada y completada en algunos aspectos. Dando por supuesto el carácter espiritual del hombre, nos interesarán ante todo ahora la causa final y la acción inmanente.

En vez de la voluntad de placer freudiana o de la voluntad de poder adleriana, para Frankl la primera fuerza que motiva la conducta humana es la *voluntad de sentido*<sup>5</sup>, es decir, el anhelo por encontrar el sentido de la vida. No se trata ni de algo morboso ni de una racionalización enmascaradora de los impulsos instintivos, aunque sea expresable racionalmente, sino que es un deseo irreductible a lo instintivo a pesar de su radicalidad. Pero este anhelo humano de sentido tampoco es algo que brote de un acto de fe, pues es universal y no nace porque alguien oriente el sentido de su vida mediante la

---

3 Cf. OC, 545 y 950.

4 El espacio de este artículo no nos permite considerar la posible adopción y adaptación de las técnicas logoterapéuticas, principalmente la derreflexión y la intención paradójica, en la dirección espiritual. Algo sobre esto puede verse en A. GARCÍA NUÑO, "San Antonio el Grande de-reflexiona": *Cistercium* 253 (2009) 63-71.

5 Cf. V. E. FRANKL, *La voluntad de sentido* (Barcelona 1994) 22, 24, 30, 111, 114, 175, 177, 227, 229 y 244; *Id.*, *El hombre en busca de sentido* (Barcelona 1996) 98; *Id.*, *La idea psicológica del hombre* (Barcelona 1999) 88 y 139. A las obras de Frankl, una vez citadas por primera vez, se hará referencia únicamente con el título.

opción por una creencia, sino que es anterior a esto. La voluntad de sentido es algo genuino y originario en el hombre que envuelve toda su existencia. La visión del hombre en la logoterapia no queda constreñida por la causa eficiente, como en otras escuelas psicoterapéuticas, sino que gracias a la aceptación de la causa final la visión antropológica se abre a la libertad y a la responsabilidad.

La voluntad de sentido habla de algo de lo que carece el hombre y que le resulta necesario, no simplemente conveniente. De ahí que la logoterapia y su par, el análisis existencial<sup>6</sup>, tengan en consideración que el quehacer humano es un *deber hacer* que, por definir al hombre, está sostenido en un *deber ser*: “El hombre, en efecto, nunca ‘es’, sino que ‘deviene’; el hombre nunca puede decir ‘yo soy el que soy’, sino ‘yo soy el que llega a ser’ o ‘yo llego a ser el que soy’: llego a ser *actu* (en realidad) el que ‘soy’ en potencia (posibilidad)”<sup>7</sup>. Lo espiritual del hombre hace de él una realidad abierta, pendiente de acabamiento<sup>8</sup> y su vida consiste precisamente en realizar lo que está llamado a ser, mediante la realización del sentido al que cada cual está convocado; no se trata de inventar un sentido, sino de encontrar cada quién el propio y realizarlo<sup>9</sup>.

A cada existencia humana corresponde una única esencia: la suya propia; cada existencia humana es exclusiva de su esencia. [...] Si el sentido de la vida consiste en que el hombre realice su esencia, se comprende que el sentido de la existencia sólo pueda ser un sentido concreto; se refiere siempre a la persona individual y a la situación concreta<sup>10</sup>.

---

6 El mismo Frankl nos dice en qué sentidos usa “existencial”: “El término existencial se puede utilizar de tres maneras: para referirse a la propia (1) *existencia*, es decir, el modo de ser específicamente humano; (2) el *sentido* de la existencia; y (3) el afán de encontrar un sentido concreto a la existencia personal, o lo que es lo mismo, la *voluntad* de sentido” (*El hombre en busca de sentido*, 101). En el caso del análisis se usa, ante todo, en su segunda acepción (cf. *ibid.*, 103), se trata, por tanto, del análisis del sentido de la existencia del paciente.

7 V. E. FRANKL, *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia* (Barcelona 1994) 245.

8 Cf. *El hombre doliente*, 245.

9 Cf. *Ibid.*, 34 y 244.

10 *Ibid.*, 245.

El Hno. Rafael<sup>11</sup> era consciente de que cada hombre tiene un camino propio de realización<sup>12</sup>. Ese sentido concreto para su vida se irá clarificando como vocación monástica. Al comienzo de su primera salida de la Trapa, cuando aún conserva la esperanza de recuperación de su enfermedad, escribe así: “Soy ‘trapense’ y como ‘trapense’ siento, veo y discuro”<sup>13</sup>. Como veremos, el sufrimiento irá purificando y definiendo más concretamente su vocación dentro de la vida cisterciense.

Frankl señala que “además del sentido concreto, se da obviamente un sentido general. Pero cuanto más general sea el sentido, tanto menos aprehensible será. Por algo hablamos también de un sentido ‘último’”<sup>14</sup>. Es decir, cada persona tiene un sentido suyo propio y cada situación tiene para cada quién un sentido concreto, pero estos, por su parte, lo son en función de un sentido último.

La voluntad de sentido en el cristianismo es apetito de divinidad, el deseo natural de ver a Dios, y toda vocación humana está inscrita dentro de ese anhelo de divinización de todo hombre. En la vida de S. Rafael, no encontramos ningún momento en que él no hubiera entendido que efectivamente el fin último de su vida fuera aquél para el cual Dios nos ha creado; persona desde siempre sinceramente cristiana, todo sentido concreto, para él, gira en torno a un fin último que es Dios. A lo largo de su corta vida, si bien no va a necesitar buscar cuál sea el sentido último de su vida, sí va a haber una enriquecedora y profundizadora evolución en esto, en lo cual no podemos entrar en detalle; bástenos señalar algunos aspectos.

Por estar inscrita la vocación monástica en el fin último que es Dios, es una vocación a la santidad. Así se lo dice al Maestro de Novicios poco antes de ingresar en S. Isidro de Dueñas:

El Monasterio va a ser para mí dos cosas: primero, un rincón del mundo donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo, un purgato-

---

11 Dado el espacio que nos ofrece un artículo, no podemos ver en cada uno de los aspectos que tratemos la evolución espiritual del Hno. Rafael, lo cual merecería un estudio más amplio. Vamos a conformarnos con hacer mención de algunos textos significativos.

12 Cf. OC, 20.

13 OC, 253.

14 *El hombre doliente*, 71.

rio en la tierra donde pueda purificarme, perfeccionarme y llegar a ser santo... Parece que dicho así, con esa tranquilidad..., llegar a ser santo, parece una pretensión un poco..., no sé cómo decir... Pero es la verdad; quiero ser santo, delante de Dios, y no de los hombres; una santidad que se desarrolle en el Coro, en el trabajo, y sobre todo, una santidad que se desarrolle en el silencio, y que solamente Dios la sepa y ni aun yo mismo me dé cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad...<sup>15</sup>.

El conocimiento y elección de Dios como fin último no lo lleva a una vida espiritual estática, lo cual es un imposible, sino que vive en un dinámico caminar en busca de lo único que sabe puede saciar el apetito de divinidad<sup>16</sup>. En carta, se dirige así a su tía María, Duquesa de Maqueda, en diciembre de 1935:

No, no es posible... El amor a Dios no podemos dejarlo quieto... Siempre más..., siempre más. No dejar la lucha, aunque nos cueste..., ya llegará el día en que verdaderamente tengamos ese amor de quietud... Pero ese día será en el cielo. Mientras tanto, no busquemos tranquilidad, no nos paremos, y sigamos adelante, luchando con nosotros mismos para desterrar ese "yo" que tanto daño nos hace... Amemos a Dios siempre más... No nos contentemos con poco; y si un día ardemos... ¿no es eso lo que buscamos?... Vamos a seguir a Jesús, vamos a seguir sus pasos..., y Jesús no descansó..., y aun muerto, le dieron una lanzada<sup>17</sup>.

Un año después, en el monasterio, con el Salmo 42 (41) de trasfondo, escribe:

Ansias de vida eterna... Ansias de volar a la verdadera vida. Ansias del alma que, sujeta al cuerpo, gime por ver a Dios.[...]

---

15 OC, 111.

16 Cf. OC, 406.

17 OC, 574. Días antes, detrás de una estampa pintada por él con el sabor de sus lecturas de S. Juan de la Cruz, le había puesto a su tía: "Seguir... Seguir..., sin mirar a los lados, los ojos en la Cruz de Jesús, el corazón abrasado en Amor. Seguir, sin mirar a los lados... El Amor no permite detenerse..., no ver las flores, no ver las fieras, no ver el camino..., no ver más que el Amor de Dios que nos espera en la Cruz, y detrás de la Cruz, María. Seguir... Seguir... Sin otra luz ni guía, que Amor... Amor... Amor..." (OC, 455).

Ansias de vida eterna revolotean por el Coro de la iglesia, cuando aún las tinieblas de la noche envuelven al monasterio.

[...] Ansias de amar a Dios, padece el alma..., ansias de estar con Cristo...[...]

Señor, Señor..., murmuran los labios..., como el “ciervo desea las fuentes”, como el cervatillo sediento olfatea el aire buscando con qué mitigar su sed, así mi alma suspira de sed de vida... Vida eterna, vida que es espacio y luz, vida en la cual esa centellica que tengo dentro se dilatará, se inflamará y a la vista de tu rostro, dará más luz que el sol.

Señor, Señor, como el ciervo desea las fuentes, así está mi alma.[...]

Todo consiste en saber esperar, y al final, allá cuando se acabe la vida, nuestra alma apagará su sed en la única fuente, que es Dios<sup>18</sup>.

Entreverada con la búsqueda, con ese ansia, aparece también la sensación de extranjería. Ante el fin último, gustado en el presente, pero aguardando su venida desde el futuro, el hoy queda relativizado como la tierra que hay que dejar atrás, que no es la propia de uno, porque el bien definitivo es la auténtica patria.

Yo lo he dicho muchas veces y se me ocurre muy a menudo. ¿Hasta cuándo, Señor?... Pues hasta que Él quiera. Pero es tan terrible vivir aquí, ¿verdad?, tan lejos..., cuando el Señor con una sola mirada nos podía llevar de una vez, para así cortar esta vida que es un continuo suspiro por su amor... En que no se descansa pensando en Él... En que el corazón se agita, se mueve y no espera más descanso; o que el Señor lo tome de una vez, o que lo ensanche de tal modo, que lo podamos resistir<sup>19</sup>.

Y es que “somos extranjeros sobre la tierra, y cuánto tarda el amado en llegar”<sup>20</sup>. Si, por un lado, el sentido último de la vida lo define, en lo que aca-

---

18 OC, 768-771.

19 OC, 388.

20 OC, 426. En su plenitud espiritual, poco antes de morir, le pinta tres estampas a su hermano Leopoldo; en una de ellas retoma este tema del Salmo 119 (118), 19, y así se la explica: “La tercera estampa es un monje que, subido en una peña, contempla el mundo y, viéndose sediento de amores divinos, de ansias de cielo, no puede por menos de exclamar, ‘incola ego

bamos de ver como forastero, por otro, los demás valores y realidades quedan jerarquizados respecto a él; al Hno. Rafael todo le va a parecer nada: “El sol me parece pequeño..., el cielo azul es hermoso, pero no eres Tú, la belleza del mundo..., es tan poquita cosa”<sup>21</sup>. Hasta la propia vida resulta ínfima: “Cuando el alma pena de no ver a Dios, ¿qué le puede interesar el mundo? Cuando el espíritu se abisma en la consideración de una eternidad, ¿con qué interés puede mirar el pequeño y limitado tiempo de su vida?”<sup>22</sup>.

Sin embargo, las criaturas nada no son. Ciertamente no son Dios, pero ayudan en la prosecución de ese fin último por el que se ha optado.

Ahora, al contemplar los serenos cielos de Castilla, ese trapense ve en ellos la grandeza de Dios; su alma se abisma de la bondad del Criador y elevando el corazón sobre las cosas de la tierra, prescindiendo de sus sentidos, y viendo la vanidad de todo, exclama: Señor, admirable eres en tus criaturas; por medio de ellas te manifiestas a mi alma, pero no permitas que en ellas *me quede*. Hermoso es el cielo, la tierra y sus moradores, *pero no eres Tú*, y a Ti quiero llegar a través de todo y de todos<sup>23</sup>.

Ante las criaturas, la afirmación robusta y tajante de Dios será una constante en el santo oblato que desea que su bien lo sea de todos: “Quisiera volar por el mundo gritando a todos sus moradores... ¡Dios!... ¡Dios! Sólo Él... ¿Qué buscáis? ¿Qué miráis?”<sup>24</sup>. E íntimamente unida a la afirmación de Dios está la preocupación por los demás; son muchos los textos en que el Hno. Rafael

---

sum in terra'..., extranjero y peregrino soy sobre la tierra" (OC, 1192). Esta estampa, junto a las otras dos, son una síntesis de la espiritualidad de S. Rafael. Así comenta el primer dibujo a su hermano: "Es un humilde lego que ha elegido el camino de la verdad, 'viam veritatis elegi' (Sal. 119 [118], 30). En la noche oscura del mundo, sólo la Cruz de Cristo ilumina la senda de la vida... Sólo hay esa verdad que da paz para esperar, ánimo para seguir, y confianza para no errar" (OC, 1190). Y el extranjero y peregrino, que lo es por haber elegido la Cruz, se identifica con ella y quiere ese bien para todos; así comenta la segunda estampa: "Es un alma que adora a Dios en la grandeza de su creación y mirando el mundo, contemplando la belleza de su creación, pide a todas las criaturas que le adoren, 'omnis terra adoret te' (Sal. 66 [65], 4). La sombra de este alma que ama a Dios en la belleza, es una cruz" (OC, 1191).

21 OC, 1101.

22 OC, 771.

23 OC, 673.

24 OC, 994.



muestra su cercanía a pobres, necesitados, sufrientes, mas lo que más le preocupa es esa realización o frustración del sentido último de la vida en los demás:

¿Cómo no acordarme del que sufre? Y, ¿quién es el que no sufre por algo? Pero qué poquitos sufren por Dios.

Y al poner mi pluma sobre el papel, saldrán palabras y palabras de hombre; pero del corazón brotan deseos que sin querer se convierten en oración, en una oración que pide por todo el mundo, por todos los hombres que luchan, que sufren; por todos los que ciegos no ven más que las pequeñeces de la tierra, y olvidan la grandeza de Dios. Por todo el que se afana por algo que del mundo venga. Por tantos que [en] estos momentos, se estarán presentando delante Dios, y se lleven la decepción final, al ver que aquí queda todo..., todo, y digan: qué corto fue el día..., yo no tuve tiempo, y ahora..., siempre siempre<sup>25</sup>.

## II. CONOCER EL SENTIDO

Para Frankl, la definición del sentido no es una pura subjetividad, el hombre debe elegir el fin de su vida, lo que no puede es no elegir uno, pero no es indiferente que opte por uno o por otro, pues está convocado a la realización de uno: "El hombre es responsable de cumplir y realizar el sentido y los valores, y en esto ya contemplamos el correlato objetivo de toda decisión y libertad: un mundo espiritual objetivo del sentido y los valores: el *logos*"<sup>26</sup>.

El *logos* –Frankl emplea el término preferentemente en una de sus acepciones, como sentido, significado o propósito–, es ciertamente algo que el hombre ha de buscar, encontrar y realizar en su existencia. La realización del sentido de la vida demanda en cada situación ser actualizado, algo que solamente cada quien puede y debe llevar a cabo; ineludiblemente el hombre debe responder a la demanda de sentido que en cada momento se le presenta. Pero antes de responder, el hombre debe descubrir, no inventar, el sentido y la materialización del mismo que, en cada circunstancia, haya de llevar a

---

25 OC., 950.

26 *La voluntad de sentido*, 86.

término<sup>27</sup>. Este sentido, señala el psiquiatra vienés, lo halla el hombre en su circunstancia –no simplemente en su *psique* como si fuera un mundo cerrado<sup>28</sup>– en tres ámbitos distintos<sup>29</sup>: en la realización de una tarea; en la vivencia de algo<sup>30</sup>; y, por último, en el sufrimiento<sup>31</sup>.

El sufrimiento precisamente va a ser el lugar donde el Hno. Rafael va a ir descubriendo que su vocación monástica tiene un rostro propio que, por un lado, va a configurarse en la institución del oblatado, como forma canónica, y, por otro, va a transformarse en creciente oblación sacrificial. Cuando la enfermedad le ha mostrado la imposibilidad de ser monje como lo son los otros, una vez decidido y admitido a ser oblato, antes de volver al monasterio, le escribe a su tía María refiriéndose a sí en pudorosa tercera persona:

Su vocación es ésa..., quererse olvidado del mundo y de las criaturas..., para ofrecerse a Dios en el silencio y en la humildad del hábito de Oblato.

Quiere ser una ofrenda para Dios, pero sin que el mundo se entere... [...] No quiero nada para mí, no deseo nada... Que el Señor me acepte, mi renuncia y mis sacrificios... [...] Y si alguna vez te acuerdas de mí, sea para seguir ofreciéndome al Señor..., y le digas. Mira, Jesús, allí en la Trapa tengo un hermano... Nada vale y poco es, pero a pesar de lo pequeño de su corazón, sólo vive para Ti, y no tiene otra misión que amarte todo lo que puede, y *ofrecer* incluso su sangre, para que los demás también te amen... Acéptalo, Señor, se ofrece por mediación de la Santísima Virgen María...<sup>32</sup>.

Como podrá verse en otros pasajes que nos salgan al paso, esta vocación a la oblación sacrificial se va a ir profundizando con el paso del tiempo hasta una total radicalidad y realización, con una creciente identificación con la Cruz.

27 Cf. *Ibid.*, 29, 32, 44-45, 49, 65, 188, 202, 227, 229-230, 247 y 249; *El hombre en busca de sentido*, 98-101 y 107; *La idea psicológica del hombre*, 105.

28 Cf. *El hombre en busca de sentido*, 109. Al parecer de Frankl, el carácter mundano del hombre conlleva el que la autorrealización no sea un fin inmediato, sino una consecuencia de la realización del sentido en el mundo (Cf. *ibid.*, 109).

29 Cf. *Ibid.*, 109.

30 Cf. *Id.*, *La psicoterapia al alcance de todos* (Barcelona 1992) 65 y 78-79; *El hombre en busca de sentido*, 110-111.

31 Cf. *La psicoterapia al alcance de todos*, 24 y 47-48; *El hombre en busca de sentido*, 110-113.

32 OC, 480.

### III. RENUNCIAR

Pero no es suficiente con descubrir y escuchar la llamada que el sentido nos hace para su realización, el hombre tiene que llevarlo a cabo. La actualización del sentido, su cumplimiento, la realización de la propia existencia se lleva a cabo mediante la actualización de los valores. ¿Dónde es esto posible? Para Frankl, la realización de los valores es posible en los mismos tres ámbitos donde se puede llevar a cabo su hallazgo<sup>33</sup>:

La primera posibilidad de realizar valores consiste en crear algo, en configurar un mundo; la segunda posibilidad consiste en vivir algo, asumir el mundo, asimilar la belleza o la verdad del ser; la tercera posibilidad de realización de valores consiste en padecer, en sufrimiento del ser, del destino<sup>34</sup>.

La realización tanto de los valores creativos –se trata de un hacer que recuerda a la *poiesis* aristotélica– como de los vivenciales –esta acción muestra parecido con la *praxis* del estagirita– depende de que haya unas condiciones, que no suelen estar en la mano de quien ha de dar respuesta, que favorezcan su actualización. Si el hombre solamente pudiera realizar su vida mediante la creación de algo o la vivencia de algo, llevar a cabo el sentido de la vida estaría limitado por depender de que se dieran unas determinadas circunstancias, de que se tuvieran unas posibilidades y facilidades precisas.

Ahora bien, para Frankl, el sentido de la vida es incondicionado, pues, aunque el hombre se pueda encontrar en una situación que imposibilite la realización del sentido de una determinada manera, siempre le queda abierto el camino de situarse ante lo insoslayable de la vida. Por ello, ante la adversidad sobrevenida, la vida no pierde su sentido. Aunque no haya manera de modificar la circunstancia, al hombre siempre le queda, por ser libre, la capacidad de orientar su actitud ante lo inevitable. En este caso, estamos ante una acción que se identifica con su efecto, no sería *kínesis*, sino *enérgeia*, pero

---

33 Cf. *El hombre doliente*, 21, 72-74 y 249.

34 *Ibid.*, 249; cf. V. E. FRANKL, *Psicoanálisis y existencialismo* (México 1952), 141. Dentro del estudio de la realización de los valores creativos, ocupa un lugar principal el trabajo humano (cf. *ibid.*, 152-169); respecto a los vivenciales, Frank dedica especial atención al amor (cf. *ibid.*, 169-230).

que, a diferencia por ejemplo de la política, no necesitaría de un contexto determinado. Es así como el hombre puede dar sentido al sufrimiento sobrevenido: “Al aceptar el reto de sufrir valientemente, la vida tiene hasta el último momento un sentido y lo conserva hasta el fin, literalmente hablando. En otras palabras, el sentido de la vida es de tipo incondicional, ya que comprende incluso el sentido del posible sufrimiento”<sup>35</sup>. Creo que estamos ante un caso, no contemplado por Aristóteles, de *theoría*.

Estas palabras recién citadas tienen un peso altamente significativo viniendo de quien sobrevivió a los campos de concentración. Recordemos que, entre 1942 y 1945, Frankl estuvo preso en los campos de concentración de Theresienstadt, Auschwitz, Kaufering y Türkheim; estos dos últimos dependían de Dachau. Sus experiencias como prisionero salpican sus obras, pero, donde se vierten sistemáticamente y le sirven para hacer un estudio de la psicología en el campo de concentración, es en su obra más difundida *El hombre en busca de sentido* (*Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager*). En ella, afirma: “Aún en un campo de concentración es posible practicar el arte de vivir, aunque el sufrimiento sea omnipresente”<sup>36</sup>. En el santo trapense, encontraremos cómo su existencia llega a convertirse en un divino ejercicio del arte de vivir y desde allí podremos persuadirnos de que la paternidad espiritual lo será realmente si enseña el arte de vivir divinamente, crísticamente.

Mientras que la realización de los valores creativos y vivenciales está limitada por la necesidad de un determinado contexto, los valores llamados por Frankl actitudinales no están impedidos ni siquiera por el sufrimiento. Por ello, tienen axiológicamente mayor rango que los primeros<sup>37</sup>. Por grandes que sean las limitaciones con las que alguien se pueda encontrar, siempre, en virtud de ser una realidad libre y responsable, se puede tomar una actitud determinada en la situación concreta en la que se encuentre, que no es otra cosa que disponer de sí mismo de cara al fin que demanda de uno una respuesta y que, en determinados casos, solamente podrá ser la actitud que se tome ante ello. En los valores actitudinales, el hombre no pierde la posibilidad de decidirse a sí mismo<sup>38</sup>, siempre puede verterse en orden a un fin.

---

35 *El hombre en busca de sentido*, 112.

36 *Ibid.*, 51.

37 Cf. *El hombre doliente*, 249.

38 Cf. *Ibid.*, 250.

Habría que añadir, lejos de todo pelagianismo, a lo dicho por el padre de la logoterapia que, respecto a la divinización, el hombre siempre será incapaz sin el poder de la gracia. Esto aparece con vibrante claridad en la cima de santidad del Hno. Rafael; pocos días antes de morir ambiciona con sobrecogedora humildad:

Virgen María..., estoy loco, no sé lo que pido, no sé lo que digo... Mi alma desbarra... No sé lo que siento; mis palabras son torpes y mal arregladas, pero tú, Virgen María, Madre mía, que ves los anhelos de todos tus hijos, sabrás comprender.

Ya sé que es mucho lo que pido, pues lo pido todo.

Yo en cambio, Señora, todo lo he dado y si aún me queda *algo*, tómalo también, Señora, y dáselo a Jesús. Ya sé que aunque diera mil vidas que tuviera, no sería digno de recibir ni siquiera un pensamiento bueno de Dios, pero es mi modo de hablar... Ya sé que lo he dado todo y... es nada. No alego, pues, lo que el mundo cree méritos, para pedir a Jesús un poquillo de amor. Él lo da a quien y cuando le place. Y ya que los sacrificios y renunciaciones que he hecho por Jesús no son bastante..., te ofrezco, Señora, algo que no puedes desechar, algo por medio de lo cual tienes que oírme, algo que hace abrirse los cielos y que el mismo Padre mira complacido... Es, Señora, la Pasión de Cristo, tu Hijo... Es la Sangre de Cristo; es la Cruz donde murió el Hijo de Dios. Señora, Virgen María... ¿ves?, con la Cruz lo puedo todo<sup>39</sup>.

Sabe que sin Dios nada puede y con la Cruz lo puede todo, pero en ese momento el santo monje está ya tan unido al sacrificio de Cristo que, como liturgo, sólo tiene una ofrenda, el sacrificio del Señor. Ahora bien, antes de llegar aquí ha tenido que recorrer un largo camino en el que tuvo un papel central la aparición inesperada del sufrimiento.

¿Qué hacer ante el sufrimiento? ¿Cómo actuar cuando se es despojado de las posibilidades de realización con que se contaba? Frankl propone un camino con dos momentos, uno de renuncia y otro de afirmación.

El sufrimiento que inesperadamente se presenta no lleva de suyo al sentido, es una pregunta a la que hay que responder libre y responsablemente.

---

39 OC, 1147.

Lo que resulta imposibilitante para la realización de otro tipo de valores se convierte en una pregunta a la que hay que dar respuesta. Cuando se destruye aquello en que se había puesto la vida, se sufre, pues la propia vida, identificada con aquello, se entiende dañada. Pero podríamos decir que es un momento positivo, porque entonces se pone de manifiesto lo infundado de nuestro existir, que habíamos construido la casa sobre arena y además, como veremos, nos abre la posibilidad de definición en orden a un fin.

Ante lo sucedido, que no ha sido buscado ni por uno mismo creado, que no se puede revertir y despoja de la posibilidad de realizarse mediante la creación o la vivencia de algo, el hombre puede rebelarse frente al inmisericorde destino, que no es sino hacerlo ante Dios; también puede vivirse pasivamente la situación abandonándose a la destrucción que le llega; pero asimismo puede, cuando lo apreciado se le quita de las manos, renunciar positivamente a los valores en que tenía puesta su esperanza de realización y que ahora resultan irrealizables por haber desaparecido las condiciones que los hacían posibles.

El sufrimiento, para llegar a ser no simplemente padecido de forma pasiva, sino una positiva acción del hombre, como una activa vivencia de lo que, de entrada, podría ser valorado negativamente, necesita pasar por la renuncia de aquello de que se es despojado, lo cual puede ser incluso una simple expectativa de realización, la esperanza puesta en algo posible<sup>40</sup>. Pero esta renuncia a lo condicionado que ha fallado, al parecer de Frankl, necesita del convencimiento de que la vida sigue teniendo sentido. En el Hno. Rafael, la vivencia del sufrimiento es posible por la convicción, no sólo de que hay un sentido último, sino también de que hasta la adversidad es un medio por el que se hace presente el amor de Dios.

También yo tuve salud..., eso era antes. Ahora, gracias a Dios, estoy enfermo, y cuando el Señor lo cree necesario me lo recuerda, haciéndome sentar unos cuantos días en un sillón de la enfermería, y sacándome del Coro... Él sea bendito.

Él..., que es el que todo lo dispone, y lo dispone bien me lleva a la soledad, y enseñándome el vacío inmenso de la nada, que es todo lo que está fuera de Él..., me invita a pensar; me obliga en mi inutilidad a buscar su apoyo. De todo me separa, para mejor unirme a Él.

---

40 Cf. *El hombre doliente*, 252-253.

Bendito se[a] Dios y bendita sea mi enfermedad, que es el medio de que Él se vale para cumplir sus designios en mi insignificante persona<sup>41</sup>.

Desde esta confianza en la providencia divina, que aparece frecuentemente en los escritos del santo, es posible la renuncia a los bienes que la adversidad hace imposibles y también los que muestra que se han de dejar, hasta la vocación que se creía tener. Así le escribía al Abad de S. Isidro de Dueñas en octubre de 1935 rendido a no ser ya monje como los otros:

Cuando hace dos años, desde este mismo Ávila solicité de su caridad que me admitieran en la comunidad, mi deseo era santo y bueno; yo buscaba a Dios y Dios se me daba de una manera fácil... Sufrí, pero por Él, eso no es sufrir... Tenía ilusiones, deseos, quería ser santo, pensaba con delicia en el Coro, en ser algún día un verdadero monje... Tenía muchas cosas dentro, Rvdo. Padre... Yo buscaba a Dios, pero también buscaba a las criaturas y me buscaba a mí mismo, y Dios me quiere para Él solo... Mi vocación era de Dios, y es de Dios, pero había que purificarla, había que limar asperezas. Me di al Señor, con generosidad, pero todavía no se lo daba *todo*; le di mi persona, mi alma, mi carrera, mi familia..., pero aún me quedaba una cosa que eran las ilusiones y los deseos, las esperanzas de ser trapense, hacer mis votos y cantar Misa. Eso me sostenía en la Trapa, pero Dios quiere más, quiere siempre más; tenía que “transformarme”, quería que solamente su amor me bastara<sup>42</sup>.

Con el tiempo y la ayuda del sufrimiento, S. Rafael radicalizará la renuncia que en el recién mentado pasaje ya se atisba:

Si de veras amásemos a Dios, cuán diferentes seríamos; con cuánta generosidad aprenderíamos a renunciar; con cuánta paz viviríamos nuestra vida en el mundo; qué poco nos importaría ni sufrir ni penar; ni las lágrimas nos amargarían, ni en los consuelos de las criaturas pondríamos a veces...

---

41 OC, 844-845.

42 OC, 320.

[...] Alguien me dijo que la máxima y suprema regla de mi vida era “niégate a ti mismo, toma tu cruz cada día y sígueme”.

En el “niégate” está la labor de un alma que sólo quiere vivir escondida, que nada quiere para sí, que sólo por amores divinos suspira, y que comprende que no sólo la renuncia al mundo quiere Dios, sino que hay otra más difícil que es ésa, la renuncia a *uno mismo*, la renuncia a algo que llevamos dentro, que no te sé explicar, a algo que de veras estorba...<sup>43</sup>.

#### IV. ENTREGA

Como quiera que el sufrimiento no es un fin en sí, la vivencia auténtica del mismo no se detiene en la renuncia de lo perdido para quedarse en el sufrimiento sin más, pues éste no es un fin, sino ocasión para el sentido. Por ello, Frankl considera un segundo momento que es afirmativo y que no es sino ir más allá del sufrimiento, trascenderlo<sup>44</sup>, mediante el cambio de actitud, lo cual es una acción que transforma al propio sufriente<sup>45</sup>. Y yendo allende el sufrimiento, el sufriente va más allá de sí mismo, de modo que este momento afirmativo lo es de autotranscendencia<sup>46</sup>: “El hecho de ser hombre apunta siempre más allá de uno mismo, y esta trascendencia constituye la esencia de la existencia humana”<sup>47</sup>.

El sentido del sufrimiento, el Hno. Rafael lo encuentra en Jesucristo, en quien pone su mirada:

---

43 OC, 898-899. Tanto en Mt 16,24 como en Lc 9,23, el pasaje citado por el Hno. Rafael va antecedido por “si alguno quiere venir en pos de mí”. Como hipótesis de trabajo, sugiero que el crecimiento espiritual del santo cisterciense estaría marcada por cuatro estadios de evolución que poco más o menos vendrían a coincidir temporalmente con las etapas de clasificación de sus escritos llevada a cabo por A. M<sup>o</sup>. Martín (cf. A. M<sup>o</sup>. MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO, *El deseo de Dios y la Ciencia de la Cruz. Aproximación a la experiencia religiosa del Hermano Rafael* [Burgos 2002] 21-24). En el primero predomina el querer el fin último; en el segundo, toma protagonismo el crecimiento en la indiferencia por la negación de sí; el tercero destaca por la vivencia de la cruz; por último, una clara identificación con Cristo que lo lleva a amar el sufrimiento.

44 Cf. *El hombre doliente*, 257-258.

45 Cf. V. FRANKL – P. LAPIDE, *Búsqueda de Dios y sentido de la vida. Diálogo entre un teólogo y un psicólogo* (Barcelona 2008) 133.

46 Cf. *El hombre doliente*, 49, 58-59, 63-79, 141 y 210.

47 *Ibid.*, 11. Este *para qué*, el sentido que ha de adherir el sufriente, antes de hacerlo, es un misterio; por ello, con el Sal 22 (21),2 de trasfondo, dice el psiquiatra vienés: “Este desconocimiento, incluso de principio, implica que, por mis medios, nunca seré capaz de descubrir su sentido, y, puesto que ni lo sé ni puedo saberlo, no tengo más remedio que preguntarte a ti, Dios, no puedo más que recibir tu respuesta. Por eso debo preguntarte” (FRANKL – LAPIDE, 134).



¡Qué alegría tan grande es verse querido de Dios! Contarse en el número de sus amigos, seguirle paso a paso en Jerusalén con los ojos fijos en su divino rostro y, bendiciendo incluso nuestras propias miserias, que fueron la causa de que Jesús buscara nuestras miradas, para así llegarnos al corazón y curarnos, perdonarnos..., y amarnos hasta morir en Cruz.

Esa es la locura de Cristo..., los ojos fijos en Jesús, ni aun de comer se acuerdan, ni temen los fríos, ni la pobreza humilde, ni el amor a sus padres y hermanos detienen a los amadores de Jesús..., sólo Dios, sólo Él..., éste es el único pensamiento que les domina..., milagro que hace la locura de amor<sup>48</sup>.

Este mirar a Jesús es identificación con Él y por ello hace de su vida una entrega total. Pocos días antes de su muerte, el Jueves Santo, el Hno. Rafael hizo ofrenda de los dones que había recibido. Después de haber renunciado a todo y haber hecho de su vida una oblación, aún le quedaba algo más a lo que renunciar y de lo que hacer entrega: lo recibido en su madurez espiritual. Se une el momento de renuncia y el positivo y los valores que se dejan van más allá de lo que Frankl llama valores creativos y vivenciales, lo que ofrece ahora son los dones divinos, el amor; la ocasión no es el sufrimiento sobrevenido, sino la sobreabundante caridad el día de la institución de la Eucaristía:

Todo [las necesidades del mundo] se lo enseñé a Jesús y le dije: Señor, *tómame a mí y date Tú al mundo*. Reparte lo que a mí me das... Déjame repartir el tesoro que yo tengo entre los necesitados del mundo... ¡son tantos!... Déjame a mí, pobre contigo..., nada quiero más que tu amor, tu amistad..., tu compañía..., acéptame, Señor, tal como soy, enfermo, inútil, disipado y negligente<sup>49</sup>.

El tesoro que tenía el Hno. Rafael era la Cruz gloriosa, vivificante, amorosa y en ella a Jesús. Por eso ama el sufrimiento, por eso ahí encuentra la perfecta alegría.

---

48 OC, 928-929.

49 OC, 1175.

Siento una alegría inmensa de poder sufrir por Jesús, como no me hubiera podido imaginar. Amo cada día más mi cruz..., y no quisiera soltarla por nada del mundo.

Recuerdo cuando en el mundo era feliz, muy feliz. Padres cristianos, bienestar, salud y libertad, todo me sonreía... ¿Quién piensa en sufrir? Jesús me llama. Soledad y pobreza, enfermedad, encierro sin sol..., a veces algo muy negro y que hace llorar..., no sé lo que es.

A Dios no le veo..., y en medio de todo, grito con toda la vehemencia de mi corazón... ¡¡Qué feliz soy, cuánto sufro por Jesús!! No quiero la felicidad del mundo, con ella sería un desgraciado... Quiero sufrir por Él, sin verle..., solamente me basta el *saber* que es por Él.

El mundo esto no lo comprende..., es muy difícil. Yo sé que es la gracia de Dios, pero no sé explicarlo.

[...] Hallo más gozo *en no sentir el amor de Jesús*, que el que pudiera hallar en el *sensible* de las criaturas. Me da pena mi *soledad*, sufro con ella, y no quisiera por nada del mundo *dejarla*.

No sé si esto alguien lo entenderá.

¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica, porque no es el sufrimiento tal como éste es en *sí*, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo, ama a su Cruz<sup>50</sup>.

La Cruz es amable porque es lo que ama Jesús y el Padre, la redención de los hombres. El sufrimiento ni es impedimento para la realización del sentido ni es fin en sí mismo, sino que apunta a un fin, a algo o a alguien; es ámbito para el sentido, pues trascendiéndolo es cómo el hombre va allende sí mismo hasta la realización del sentido de su vida. Cuando el sufrimiento es trascendido, entonces se convierte en sacrificio: "El sufrimiento dotado de sentido apunta siempre más allá de sí mismo. El sufrimiento dotado de sentido remite a una 'causa' por la que padecemos. En suma: el sufrimiento con plenitud de sentido es el sacrificio"<sup>51</sup>. El sufrimiento así vivido, es decir, el sacrificio, abarca toda la existencia dándole sentido, de modo que hasta la misma muerte queda preñada de significación<sup>52</sup>.

---

50 OC, 1123-1124.

51 *El hombre doliente*, 258.

52 Cf. *Ibid.*, 259-261.

El domingo de quincuagésima de 1938, escribe S. Rafael en plenitud espiritual:

Hoy le he ofrecido al Señor lo único que me quedaba... la vida.  
[...] Le he pedido a la Virgen María interceda delante de Jesús, para que acepte mi oblación. ¡Qué alegría tan grande si Dios la aceptara! ¡Qué alegría sería el morir por Jesús..., y que Él ofreciera mi vida al Eterno Padre, en reparación de los pecados del mundo; de las guerras; de los pueblos infieles; por los sacerdotes; por el Papa y por la Iglesia!  
No me importa sufrir y padecer, si Jesús acepta mi oblación. Ya le he dado el corazón..., le he dado mi voluntad... Ahora le doy mi vida. Ya nada me queda más que morir cuando Él quiera.  
Cúmplase su voluntad y no la mía<sup>53</sup>.

El sufrimiento auténtico es sacrificio y, por ello, en línea con lo ya apuntado, creo que habría que hablar de él como acción contemplativa. Ciertamente las posibilidades de realización a través de la *poíesis*, de plasmar valores creativos, o de la *práxis*, la realización de valores vivenciales, quedan cercenadas, pero esta clausura se convierte en una invitación a lo que se puede considerar un modo de *theoría*, pues sufrir auténticamente es una acción que no precisa ni de plasmación ni de condiciones externas para su realización; el sufrimiento auténtico es una acción contemplativa.

Mientras que el sufrimiento está a la espera de ser transformado, por obra del sufriente, en sacrificio, es solamente una pregunta a la espera de respuesta, es decir, un sufrimiento pendiente de recibir un sentido, que acaso pueda frustrarse en sinsentido, pero que está llamando a ser transformado en sacrificio. En el santo cisterciense, hemos podido ver que no estamos hablando de cualquier sacrificio, pues él se une al de la Cruz salvadora y es a esto a lo que ha de enseñar el verdadero maestro espiritual, a que, por el sufrimiento, el discípulo comulgue, por la gracia, con el sacrificio pascual de Cristo.

---

53 OC, 1074 y 1077.

## V. CRECIMIENTO, MADURACIÓN, ENRIQUECIMIENTO

Aunque no sea el fin para el cual se sufre, por el que se convierte el sufrimiento en sacrificio, como consecuencia de llegar a serlo, el sufrimiento auténtico consigo trae frutos para el sufriente: crecimiento, maduración y enriquecimiento.

Cuando se asume, el sufrimiento, como señala Frankl, éste deviene fuente de crecimiento: “El sufrimiento –el auténtico– no es sólo una obra, sino un incremento. Cuando asumo un sufrimiento, cuando lo hago mío, crezco, siento un incremento de fuerza: hay una especie de metabolismo”<sup>54</sup>.

El santo monje reconoce que ha sido transformado, especialmente para el amor.

Una de tus grandezas es la transformación que haces en mi alma con respecto al amor al prójimo [...].

Ahora me pasa una cosa muy rara. Algunos días, cuando salgo de la oración, aunque en ésta me parece no hacer nada, siento unos deseos muy grandes de *amar* a todos los miembros de la comunidad con unas ansias muy grandes..., como Jesús los ama.

[...] Buen Jesús, llena mi alma de caridad... Es el único alimento que en esta vida me puede de veras nutrir...

[...] ¡Ah!, Señor, y que gran paz se siente en esos momentos... Así como antes me turbaba ante una falta o una flaqueza de un hermano y sentía casi *repulsión*..., ahora siento una *ternura* muy grande hacia él..., y quisiera en lo que de mí depende, reparar la falta... Es un alma a la que quiere Jesús. Es un alma por la cual Jesús sangra desde la Cruz... ¡Acaso yo la voy a desdeñar!... Dios me libre..., al contrario, siento un gran amor hacia ella, y esto que digo no es vana palabrería, es un hecho real y positivo que yo no he consigo [conseguido], sino que Jesús ha puesto en mi alma... He aquí el estupendo milagro<sup>55</sup>.

---

54 *El hombre doliente*, 253.

55 OC, 1105 y 1107.

El sufrimiento es una acción positiva que madura a la persona<sup>56</sup>. Cuando en lo externo la libertad queda ahogada, se le abre al hombre la posibilidad de llegar al máximo con su libertad.

El ser humano es dependiente en la realización de los valores creativos y vivenciales, pero es libre en la realización de los valores actitudinales: libre “de” todas las condiciones y circunstancias y libre “para” el dominio interno del destino, “para” el sufrimiento auténtico. Esta libertad no tiene condiciones, es una libertad “bajo cualquier circunstancia” y hasta el último suspiro<sup>57</sup>.

Esta maduración de la libertad por medio del sufrimiento le lleva al Hno. Rafael no sólo a la indiferencia, a quedar libre de afección a cualquier otro fin que no sea Jesús, esto fue para él un primer paso, sino a ser libre solamente para Dios.

No tiene mérito el nada desear, amando a Dios, pues es la cosa más natural. Ahora así lo veo.

[...] Si de veras estamos unidos por amor a su voluntad, nada desearíamos que Él no desee, nada amaremos que Él no ame, y estando *abandonados* a su voluntad, nos será indiferente cualquier cosa que nos envíe, cualquier lugar donde nos ponga...

Todo lo que Él quiera de nosotros no solamente nos será indiferente, sino que será de nuestro agrado<sup>58</sup>.

El sufrimiento es una acción humana, es crecimiento, maduración y también enriquecimiento<sup>59</sup>, ante todo respecto a la verdad; gracias a él, señala Frankl, la realidad le aparece nítida al sufriente que adquiere mayor lucidez: “Lo que se le revela es que el ser humano es, en el fondo y en definitiva, pasión; que *la esencia del hombre es ser doliente: homo patiens*”<sup>60</sup>.

---

56 Cf. *El hombre doliente*, 254-255.

57 *Ibid.*, 255.

58 OC, 1153.

59 Cf. *El hombre doliente*, 255-256.

60 *Ibid.*, 256.

El Hno. Rafael no solamente ha llegado a saber que como hombre es *homo patiens*, sino también dónde se aprende la ciencia de la Cruz, el arte de padecer.

Ayer vi claramente que solamente acudiendo a Ti se aprende; que sólo Tú das fuerzas en las pruebas y tentaciones y que solamente a los pies de tu Cruz, viéndote clavado en ella, se aprende a perdonar, se aprende humildad, caridad y mansedumbre.

[...] ¡Qué dulce es la Cruz de Jesús! ¡Qué dulce es sufrir perdonando!  
¡Qué dulce es sufrir abandonado de los hombres estando abrazado a la Cruz de Cristo!

¡Qué dulce es llorar un poquito nuestras penas y unir las a la Pasión de Jesús!

[...] ¡Qué bien se vive, junto a la Cruz de Cristo!

Cristo Jesús, enséñame a padecer... Enséñame esa ciencia que consiste en amar el menosprecio, la injuria, la abyección... Enséñame a padecer con esa alegría humilde y sin gritos de los santos... Enséñame a ser manso con los que no me quieren, o me desprecian... Enséñame esa ciencia que Tú desde la cumbre del Calvario muestras al mundo entero<sup>61</sup>.

## VI. EL SUFRIMIENTO QUE TRASCIENDE

Los animales solamente sienten dolor; el hombre también, pero únicamente él tiene la capacidad de sufrir y, sobre todo, de vivir activamente en el presente ese sufrimiento. Aunque Frankl distingue entre sufrimientos necesarios e innecesarios<sup>62</sup>, sin embargo, lo decisivo es el sentido; por ello, dice: “El médico debe ayudar en la medida de lo posible y mitigar el dolor si es necesario. [...] Pero hemos visto también que no es justo suprimir los dolores “a cualquier precio”, impedir la libertad de sufrir”<sup>63</sup>.

---

61 OC, 1142-1145.

62 Cf. *El hombre doliente*, 261-263; FRANKL – LAPIDE, 132.

63 *El hombre doliente*, 263.

Pero la libertad no hace que cualquier actitud ante el sufrimiento tenga el mismo valor. Frankl distingue tres modos de vivir inauténticamente el sufrimiento, en los que queda frustrado el sentido: el escapista, el masoquista y el autista.

El escapista trata de evitar a toda costa el sufrimiento que el destino le impone inexorable. Éste no fue el caso del humilde trapense; le costó sufrir –“si fuera ángel no lloraría pero soy hombre”<sup>64</sup>–, pero no huyó, aunque hubiera sido muy razonable y justificable haberse quedado al abrigo y cuidado de la posición económica y social de su familia.

Suponte que tú estás en tu casa enfermo, lleno de cuidados y atenciones, casi tullido, inútil..., incapaz de valerte en una palabra. Pero un día vieras pasar debajo de tu ventana a Jesús... Si vieras que a Jesús le seguían [sic] una turba de pecadores, de pobres, de enfermos, de leprosos. Si vieras que Jesús te llamaba y te *daba* un puesto en su séquito, y te mirase con esos ojos divinos que desprendían amor, ternura, perdón y te dijese: ¿por qué no me sigues? ... ¿Tú, qué harías? ¿Acaso le ibas a responder... Señor, te seguiría si me dieras un enfermero..., si me dieras medios para seguirte con *comodidad* y sin peligro de mi salud... Te seguiría si estuviera sano y fuerte para poderme valer...?

[...] No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres que muera contigo en una Cruz...<sup>65</sup>.

El masoquista, por su parte, se entrega lujosamente al sufrimiento innecesario e innecesariamente como si de un fin en sí mismo se tratase<sup>66</sup>. Como hemos podido ir viendo, no es el caso de nuestro santo, aunque la primera frase aislada, que él mismo subraya, pueda llamar a engaño:

*Mi vocación es sufrir*, sufrir en silencio por el mundo entero; inmolarme junto a Jesús por los pecados de mis hermanos, los sacerdotes, los mi-

---

64 OC, 1056.

65 OC, 975.

66 Cf. *El hombre doliente*, 262.

sioneros, por las necesidades de la Iglesia, por los pecados del mundo, las necesidades de mi familia, a la [que] quiero ver, no en la abundancia de la tierra, sino muy cerca de Dios.

[...] Qué dulce es sufrir por Jesús y sólo por Él y sus intereses<sup>67</sup>.

Hay también un modo autista de vivir el sufrimiento, en él el dolor se convierte en algo autorreferencial. Mientras que en el masoquismo el sufrimiento es fin en sí mismo, en el último caso, es un medio para un sin-sentido, por ser in-trascendente, pues no lleva al que sufre más allá de sí mismo<sup>68</sup>. El sufrimiento aquí se brinda al espectáculo para convertirse en objeto de compasión y, por ello, en centro de atención. En cambio, “el doliente ‘hecho y derecho’ nunca ofrece en espectáculo su sufrimiento. Al doliente no le cuadra el mucho hablar, sino el callar; el sufrimiento auténtico es siempre ‘sufrimiento mudo’”<sup>69</sup>.

El Hno. Rafael no vive de modo autista su sufrimiento. Al final de su primera ausencia del monasterio, en una carta de 10 de diciembre de 1935, cuando habiendo tenido que renunciar a ser monje por su enfermedad tiene en perspectiva el reingreso en la abadía para ser un simple oblato, refiriéndose a sí mismo le escribe a su tía María: “Ser una leve sombra que pasó por la vida, amando mucho a Dios y sin ruido. Ayudar a las almas del mundo entero para que amen a Dios, y sin que ellas se enteren...”<sup>70</sup>. Y años después, en la madurez de su santidad, escribe: “Mis ansias de cruz no disminuyen. Mi mayor alegría es vivir ignorado”<sup>71</sup>.

Además de poder aceptar libremente el sufrimiento no buscado, también puede elegirse<sup>72</sup>; la elección es lo que caracteriza al mártir y al penitente, pero también al autista y al masoquista. La diferencia, en el primer caso, es que el autista elige el sufrimiento como medio para un fin inauténtico. ¿Cuál sería la diferencia con el masoquista? Éste hace del sufrimiento un fin en sí mismo, en cambio un mártir lo acepta o un penitente se entrega a él en función de un sen-

---

67 OC, 1090-1091.

68 Cf. *El hombre doliente*, 262.

69 *Ibid.*

70 OC, 480.

71 OC, 1091.

72 Cf. *El hombre doliente*, 263.



tido: “El sufrimiento puede ser necesario en la línea de una necesidad superior que le hace a uno asumirlo libremente”<sup>73</sup>. Esa fue la vida del Hno. Rafael.

Así pues, para Frankl, la libertad se ejerce en dos momentos en el sufrimiento como sacrificio. En primer lugar, en la renuncia voluntaria a la realización del sentido mediante los valores creativos y vivenciales. En segundo lugar, para ir más allá del sufrimiento, a diferencia del masoquista, pero a un fin trascendente, a diferencia del sufriente autista. El sufrimiento es medio para trascender (*trans-scandere*) más allá de uno mismo.

¿No es cierto que sólo aquello que es transparente permite ver algo más que su propia realidad? Sólo en la medida en que niego mi propio ser, se me hace visible algo que es más que yo mismo. Esa autonegación es el precio que debo pagar por el conocimiento del mundo, el precio que me permite alcanzar el conocimiento del ser, un conocimiento que sería algo más que la expresión de mi propio ser. En suma: yo debo pasarme por alto a mí mismo<sup>74</sup>.

En febrero de 1938, el humilde oblato cisterciense quiere dejar de mirarse a sí mismo, salir de toda atención inmanente, para trascender; es clara la renuncia a unos bienes, y la conversión en sacrificio, como respuesta a una llamada, que ha hecho de su sufrimiento, pero quiere profundizar aún más:

Te abrazaste desde un principio a la Cruz, pero en algún momento desfallecías.

Otras veces, al ver que tu vida aquí en la Trapa, la *acortabas a sabiendas*, al ver que por *voluntad de Dios* (y no de los hombres), sentías más el peso de la enfermedad incurable, aquí que en el mundo, donde *todo* está a tu servicio, también sufrías.

Otras veces, sufrías solamente por ver tu vida enferma, y para siempre *sin un alivio*.

Pues todo eso se acabó.

---

73 *Ibid.*

74 *Ibid.*, 37-38. El subrayado es del autor.

Al Señor esta mañana, le he ofrecido mi vida. Ésta ya no es mía... Que Él la cuide si quiere, que yo ya no pienso preocuparme. Sí, ocuparme, porque Él me la presta, pero... nada más.

Si Él quiere me enviará los remedios necesarios. Si Él no quiere, pasaré tan contento sin ellos. No me preocuparé en absoluto del estado de la salud... Tomaré lo que me den, haré lo que me manden, obedeceré en todo<sup>75</sup>.

Pero el *trascender* no solamente tiene ese momento de dejar de mirarse, tiene, ante todo, el verter la atención más allá de sí mismo, más allá incluso del no mirarse a sí mismo, es una atención en Dios con total olvido de sí.

Antes me ponía en la presencia de Dios, y me veía como tú dices: pequeño, diminuto, apenas me atrevía a levantar la vista... le pedía al Señor humildad, desprecio de mí mismo; me anonadaba de mi insignificancia delante de Dios; veía el poco amor que le tenía... Le pedía que me llenase, me inundase y que en su bondad infinita, no hiciese caso de mi miseria... Esto me consolaba, Dios me mimaba... En la Trapa me veía el último y más miserable de los monjes, y le agradecía al Señor tantas atenciones..., y el verme así, me producía un íntimo consuelo, de saberme amado de Dios, a pesar de que yo le amase tan poco... [...] Ahora [...] sigo sintiendo lo mismo, pero veo que es mejor, y que no es necesario todo eso para amar a Dios y para unirse a su Corazón... Que es mejor que prescindamos de nosotros mismos, para poder subir hasta Él..., pues si no, nos estaremos siempre detenidos en nuestra propia humildad..., y *sin dejar* de ser humildes, sin dejar de ser pequeños, subamos hasta Él, para que Él lo haga todo...<sup>76</sup>

La realización del sentido trae, como consecuencia y no como finalidad directa, crecimiento, maduración, enriquecimiento, en definitiva la autorrealización<sup>77</sup>: “Sólo la existencia que se trasciende a sí misma, sólo la existencia hu-

---

75 OC, 1075. Son muy característicos de su estilo estos monodialogos en que se tutea a sí mismo, expresión clara de lo que Frankl llama auto-distanciamiento (cf. *La voluntad de sentido*, 152), señal de madurez psicológica.

76 OC, 435-436.

77 Cf. *El hombre doliente*, 32-34, 44, 65, 141 y 245.

mana que se trasciende hacia el “mundo donde se encuentra”, puede autorrealizarse; pero si pretende realizarse a sí misma, si busca la autorrealización, fracasa inevitablemente”<sup>78</sup>. Por gracia, la existencia del Hno. Rafael tuvo una precisa realización: santidad.

\*\*\* \*\* \* \*\* \*\*\*

Frankl y S. Rafael Arnáiz nos han ayudado a ver la importancia del sufrimiento en el crecimiento humano y en el camino a la santidad. También hemos podido constatar algunos elementos a considerar en la dirección espiritual. En ella, se parte de algo que ya es real en el dirigido y sin lo cual no es posible una dirección espiritual propiamente dicha, la adhesión a Dios como fin último de la vida, querer seguir a Jesús, aunque pueda estar pendiente la concreción vocacional. Desde ahí, la purificación del corazón es un paso obligado. Los sufrimientos sobrevenidos, por pequeños que sean, sin perjuicio de los voluntarios, han de convertirse en el mejor aliado. El director espiritual tendrá que ayudar a descubrir, a través de ellos, aquello de lo cual el dirigido ha de irse desprendiendo para entregarse cada vez más puramente al único fin para el que hemos sido creados, cada cual en la concreción de su vocación. Pero no se trata de una mera lectura de la propia historia, sino que, por medio de la confianza en la providencia divina, además de ser posible la vivencia auténtica del sufrimiento, éste es ocasión para ver el amor de Dios cuidando de uno en su pequeña historia personal. Ahora bien, la indiferencia, la negación de sí mismo, es solamente preparación para que la víctima purificada pueda abrazarse a su cruz y seguir a Cristo. En un primer momento, el sacrificio tiene ante todo un carácter purificador, su principal beneficiario es el propio sufriente, pero lo es para dar paso a un sacrificio plenamente unido al pascual del Señor, que es culto agradable al Padre y salvación para los hombres.

---

78 *Ibid.*, 34.

